

VENDEDOR DE LIBROS

Por: Peterl Vancouver
Las Palmas de Gran Canaria, España

Ignacio buscaba trabajo desesperadamente, había fracasado en tantos negocios que aceptó y sin saber cómo un puesto de vendedor de libros a domicilio según rezaba un anuncio en la gaceta vespertina. Libros que ya nadie quería o podía vender, libros que se apilaban en la editoriales marcados por la era moderna, libros que devolvían hasta las misma bibliotecas o que eran sencillamente fáciles bajar por internet. Libros estampados y ediciones de bolsillo, su maleta de catálogos casi pesaba un quintal, Ignacio Aldecoa salió recién afeitado y con el mejor traje que tenía, y llegada la tarde tras tocar en trescientas puertas, atendido a veces con educación y otras de un portazo llegó a piso doce de la Calle de Las Marismas, sin ascensor :

Un señor mayor al ver su tarjeta de vendedor de libros le dio un fuerte abrazo, Ignacio ocultaba las lágrimas de la emoción contenida, al fin vendería una enciclopedia: No obstante quien le recibía mandó a llamar a su mujer que de inmediato lo invitaron a cenar, Ignacio les mostraba toda una serie de catálogos de ediciones facsímil o rústicas, diccionarios, enciclopedias o poesía. Le enseñó libros de tecnología caducada, de aventuras, y hasta hablando tapada la boca por un lado para que la señora no los oyera le confesó que tenía hasta colecciones de los más sutiles relatos eróticos.

Reían a carcajada, Ignacio embutido en traje con corbata, el anfitrión en pijama con bata antigua: tomaron una deliciosa sopa de pollo y de segundo, un arroz con verduras con menudillos que no hubiese logrado en textura y sabor el mejor chef de un hotel de cinco estrellas. Vino de una bodega cercana, un excelente caldo joven y afrutado, color teja tostada y sangre de Burdeos, y de postre, pastel de manzanas, también un exquisito café recién molido, cuando Ignacio recordó que entre tanta compañía había obviado su objetivo, recordó el motivo de su visita viendo que ya daban las altas horas.

Don Obdulio que así se llamaba el señor de la casa, sonrió excusándose como si lo hubiese olvidado, optó por comprarle un calendario universal, no era muy caro, se lo podía permitir, para que Ignacio regresase al menos una vez al mes para hacerles compañía.

P. Vancouver 2011

La Editorial de **VOX LOCĀLIS** no se responsabiliza de los juicios y opiniones expresados por los autores en sus artículos y colaboraciones.

*uim*2.0 años